

El viaje del perdón

Emmanuel Alejandro Sandoval Pérez

Colegio de Estudios de Postgrado del Bajío

*“Cada hombre es lo que hace con lo que hicieron de él”
Jean Paul Sartre*

Con sus pequeñas manos se aferraba a los barrotes de las escaleras para no caerse mientras la luz de la ventana que tenía en frente la deslumbraba, obligándola a voltear su rostro en otra dirección. Cuando logró enfocar sus ojos hacia el pasillo quiso correr a través de él para llegar a la recámara que estaba al final, pero tropezó torpemente. Intentó levantarse, aunque sintió que no podía. Una arrugada mano que reconoció inmediatamente le ofreció ayuda y ella la aceptó emocionada. Al levantar la cabeza notó que su abuelo la alzaba en brazos con cariño y le daba un tierno beso en la mejilla a la par que le decía: “traviesa Adriana, mi traviesa Adriana”.

–¡Adriana! ¡Adriana!– tardó en darse cuenta de que la llamaban.

–Al abrir los ojos vio que su llorosa madre tocaba su hombro y le hacía ver que tenía la intención de comunicarle algo importante.

Hija, levántate. Llegó tu tío y nos tiene noticias.

Con sus manos frotó su cara y lanzó algunos ruidos indistinguibles que sonaban a lamentos. Después, le tomó algunos instantes recordar la horrible realidad que vivía y deseó con todas sus fuerzas que ese sueño que acababa de tener fuera su presente. Se levantó con la misma torpeza de infante con la que se había soñado hacía unos momentos y bajó lentamente las escaleras para encontrarse con los demás miembros de su familia que la esperaban a ella y a su madre.

Una voz muy grave que sonaba desesperada se hizo escuchar entre los desgarradores llantos que ambientaban la escena. Era Esteban, tío de Adriana y primogénito de Don Nacho.

–Mi padre... ya no aguantará más. Dice el médico que... que le quedan unos días...

En cuanto terminó la frase, Ángela, la madre de Adriana se ahogó sin remedio en un mar de lágrimas y no pudo continuar escuchando. Sus dos hermanos presentes se desplomaron al escucharla tan abatida y todos los familiares que los acompañaban en ese triste momento trataban inútilmente de consolarlos con abrazos y caricias.

Adriana sólo murmuraba: “no es cierto, esto no puede ser cierto”, mientras trataba desesperadamente de negar lo que ocurría.

Cuando lograron calmarse un poco, todos llegaron al acuerdo de que Don Nacho debía saber pronto de su condición para que pudiera despedirse apropiadamente de sus seres queridos antes de que fuera demasiado tarde. Según el consejo del médico esa noche era un mal momento para hacerlo y por ello quedaron en esperar al otro día.

Ya que Adriana jamás había enfrentado la muerte de tan cerca, era fácil para ella entender que este dolor que sentía era el más grande de su vida.

–Tal vez lo veía eterno a mi viejito y por eso nunca anticipé un dolor tan grande y un vacío tan insoportable –se decía la afligida joven golpeando con fuerza su almohada. –¡Se me va mi abuelito y no hay nada que yo pueda hacer! Debo despedirme de él de la mejor manera posible. Debo decirle que lo quiero profundamente y que le agradezco todas las enseñanzas que me ha dado. Debe verse con cariño a través de mis ojos para que se convenza por un momento de que en mí será eterno.

En cómo despedirse pensaba Adriana antes de quedarse dormida, mientras lágrimas solitarias recorrían su rostro sin dirección alguna.

A la mañana siguiente, lo primero que vio Adriana al entrar a la acalorada alcoba de su abuelo fue a todos sus familiares rodeándolo. Don Nacho, más que triste, se veía preocupado. Su rostro lo reflejaba sin discreción. En cuanto notó la presencia de Adriana, le pidió que se acercara y a todos los demás que los dejaran solos. El nieto más pequeño de Don Nacho tomó su mano y la besó con cariño antes de salir de la recámara.

Adriana suspiró cuando recordó que su abuelo ya no vería crecer a ese niño que con besos quería aliviarlo y hacerlo sentir mejor.

–Acércate hija mía, que por unos besos tuyos no podría ponerme más grave, pero por dejar de ver a la más querida de mis nietas sí moriría más pronto.

–No digas eso abuelito, te pondrás bien. ¡Ya verás!

–No, hija, estoy muy al tanto de mi destino, por eso te llamé, porque quiero pedirte algo muy importante que sólo a ti te puedo encargar.

–Dime abuelito hermoso que yo haría por ti lo que fuera.

–No tengo ni que decirte que aquí en mi casa falta uno de mis hijos. Uno que no sabe que estoy por irme...

–Abuelito, sé muy bien que te lastima que él no esté, pero me preocupa que te sientas mal y que con eso empeore tu salud. Además, nunca se ha merecido los privilegios de tu consideración.

–No se trata de lo que él merece mi niña, sino de lo que yo merezco... –Al anciano se le notaba una mueca de angustia cada vez más difícil de ocultar.

–Han pasado años desde la última vez que se vieron y en aquellas ocasiones en que hablaste por teléfono con él te pusiste muy enfermo. Yo no creo que su presencia te haga bien. Nunca en su vida ha hecho algo que te haga bien.

–A pesar de todo eso, él debe saber; alguien debe decirle de mi condición. Debe decidir si quiere despedirse o no de su viejo padre.

–Está bien abuelito, yo no me opondré a la decisión que has tomado. Te noto muy convencido de ello y tú sabes que yo te apoyo en lo que sea, pero, ¿qué tiene que ver todo eso con lo que quieres pedirme?

Adriana notó ese gesto tierno que hacía su querido abuelo cuando le quería pedir algo. Esa misma mueca que de niña ella usó para obtener de él sus atenciones

–Abuelito, no me veas así, yo ni siquiera sé dónde está. Sólo he cruzado palabras con él dos veces en mi vida y una fue para gritarle que se fuera de tu casa porque tú te estabas poniendo muy mal después de una discusión que habían tenido, no sé por qué razón...

–Lo sé hija, yo sé muy bien que no sabes dónde está porque nadie más que tu tía Noemí y yo estamos al tanto de eso. Pero te daré su direc-

ción y así podrás ir. Te pido que le cuentes lo que me sucede y después me llames por teléfono. Si quiere hablar conmigo, estaré listo.

–Abuelito, no, no me pidas eso por favor. Yo no puedo ni verlo después de todo el mal que te ha hecho. Ha rechazado a su propio padre y esa soberbia es inaceptable en todos los sentidos.

–Adriana, hija mía, te lo ruego. –el anciano comenzó a toser con mucha fuerza. Adriana quiso llamar a la enfermera para que lo atendiera, pero su abuelo le pidió que no lo hiciera.

–Adriana, te lo ruego, no me queda mucho tiempo, –decía el anciano entre tosidos y quejidos que hacían evidente su grave condición médica.

Adriana observó a su moribundo abuelo rogar por que su último deseo fuera cumplido y sintió que era imposible negarse.

–De acuerdo, lo haré abuelito, tranquilízate por favor. Le diré a mi tía Noemí que me pase la dirección y yo iré. Hoy mismo si es necesario.

–Gracias hija, muchas gracias. Él no está aquí en Guadalajara, está en otra ciudad, tendrías que ir...

–¿No está aquí? ¿En dónde está entonces?

–No es muy lejos hija, es en León Guanajuato. Ve por favor, tu tía te dará la dirección y podrás encontrarlo fácilmente y hablar con él. Convéncelo de que me llame, de que al menos hable conmigo por unos minutos. Quiero escucharlo y que él me escuche antes de no poder hacerlo más.

–Disculparse es lo que debe hacer abuelito, por su propio bien. Por su propia conciencia. Está bien. Hoy mismo iré para allá y lo obligaré a llamarte.

–“¡Gracias hija, muchas gracias!” –repetía una y otra vez el emocionado anciano mientras Adriana salía a encontrarse con su tía y él aceptaba, por fin, que la enfermera lo revisara.

2

Por instrucciones de su tía Noemí, Adriana tenía que dirigirse, en cuanto llegara a León, al Teatro Manuel Doblado, edificio ubicado en el centro histórico de la ciudad. Su tío Aldo trabajaba en una revista

digital especializada en cubrir eventos culturales importantes y ese día se estrenaba una muestra fotográfica a la que no podía faltar.

La bella fachada del teatro llamó la atención de Adriana y la distrajo por un momento de sus grandes pesares. Caminó por la galería de arte con mucho interés, pero nunca dejó de pensar en encontrar a su tío para darle las malas noticias y en el peor de los casos, si a él no le interesaba el cruel destino de su propio padre, desahogar con su malagradecido tío su coraje.

No pudo ubicarlo entre el mundo de gente que había acudido al evento, sin embargo, estaba segura de que él estaba ahí.

La fotografía artística siempre la había intrigado. Se preguntaba si los momentos y las imágenes que se capturan son creados y atestiguados por el fotógrafo o él o ella mismos son capturados y atestiguados por la fotografía. Es decir, cuando el fotógrafo toma un plano del mundo, corta el espacio y detiene el tiempo, ¿captura el mundo o se captura a sí mismo en ese mundo? ¿Será que la fotografía crea a los fotógrafos, los enfoca, los concibe y los vuelve imperecederos, eternos, atrapados en el marco de sus propias circunstancias?

La muestra estaba compuesta por fotografías de distintos autores y justo por eso era una mezcla de perspectivas y miradas muy diferentes. La exposición trataba el tema de la historia de las grandes migraciones al continente americano. Algunas mostraban inmigrantes europeos que llegaron a la Isla de Ellis en los Estados Unidos de América. En otras aparecían exiliados españoles que llegaron a México en la época de la dictadura franquista. Grandes migraciones de personas provenientes de todo el mundo, con diversas religiones y costumbres tenían su lugar en la galería.

La fotografía que más llamó la atención de Adriana era muy reciente. En ella estaba un hombre de unos 50 años, con lágrimas en los ojos que parecía despedirse de una niña muy pequeña que también lloraba. Atrás de ellos estaban tres mujeres de diferentes edades que querían consolar a la niña, aunque también reflejaban tristeza por lo inevitable que parecía la partida. El fotógrafo tituló a la obra: *El sueño americano*.

–Qué horrible tener que despedirse de un ser querido. Las lágrimas de esa niña no son para nada en vano. –pensó Adriana mientras miraba fijamente la imagen tratando de no llorar y ponía su mano en la cara de la niña como queriendo disminuir su sufrimiento.

Sus pensamientos fueron interrumpidos al reconocer a su tío desde lejos y verlo salir rápidamente del teatro.

–¡Tío Aldo!, -le gritó desesperadamente la chica al ver que estaba a punto de subirse a un automóvil.

–Hola... ¿qué haces aquí? -le preguntó con mucha sorpresa.

–Tengo que hablar contigo, es muy urgente.

–Nada puede ser más urgente que el compromiso al que tengo que llegar en unos minutos y que me perderé si hablamos ahora.

–Créeme que es urgente porque tiene que ver con tu padre.

–¿Con mi padre? Entonces cualquier compromiso es más importante.

–Él está muy grave... -le gritó Adriana angustiada y a punto de llorar.

Aldo estaba convencido de subirse al coche pero la voz entrecortada de su sobrina le hizo dudar.

–¿Muy grave dices? ¿Qué tiene?

Ella intentó responderle, pero le ganó el llanto. Aldo, aunque se quedó intrigado, recordó que tenía que irse inmediatamente y se subió al vehículo. -Hablaremos luego niña. Tengo que irme.

–¡No lo puedo creer! Tú padre está al borde de la muerte y a ti no te interesa. -Le gritó al ver que se iba.

Molesta, a Adriana no le quedó más que llamarle a su tía Noemí y contarle la situación. Ella le respondió, lo más calmada que pudo, que eso iba a ser más difícil de lo que se imaginaba. Adriana aún no podía comprender por qué.

3

Noemí supuso, ya que era la única persona de la familia que sabía sobre el trabajo de Aldo, dónde sería su siguiente compromiso. Adriana siguió el consejo de su tía y se dirigió al Teatro del Bicentenario, moderno recinto que forma parte del Forum Cultural Guanajuato. Ubicó su asiento

en la hermosa sala principal en forma de herradura y al saber sobre su innovadora cámara acústica, se imaginó la maravilla y el orgullo que debía ser estar ahí enfrente, recibiendo aplausos y admiraciones.

Recordó su adolescencia, cuando participó en el coro escolar y sus clases de teatro con aquella ancianita regañona que le decía que ser talentosa no bastaba, que la genialidad tiene que ir siempre de la mano con el esfuerzo. Se percató de que había abandonado sus sueños por las ingratas responsabilidades cotidianas y que eso la entristecía. Su amor por el arte seguía latente y como todo deseo nunca iba a desaparecer.

Ese día se presentaba la zarzuela: *El Leonés de Fuego*, cuya historia se desarrollaba en un mundo fantástico donde coexistían la magia, grandes héroes y seres mitológicos como los dragones.

En tiempos antiguos, -según la trama de la obra, -la magia era bien vista y los magos eran reconocidos por su sabiduría y generosidad. Los humanos y los magos vivían en armonía y aquellos estudiosos de la magia asesoraban a los reyes humanos en temas controvertidos.

En el peor de los días conocidos un insensato rey obligó a un mago a deliberar en contra de su juicio y de su ética para beneficiar una causa que consideraba inapropiada. El mago se rehusó y el rey tomó represalias en su contra. Ordenó la expulsión de todos los magos y las criaturas mágicas de las ciudades humanas.

En la junta más importante del consejo mágico, aquellos integrantes más viejos y sabios deliberaron no regresar las agresiones a los humanos. Sólo uno de los miembros se negó a aceptar tal condición y aconsejó regresar los ataques pensando que sería fácil ganar. Los viejos magos concertaron una reunión pacífica con el rey humano para tratar de resolver los conflictos, pero el mago que se oponía a darle una oportunidad a la humanidad se adelantó a los hechos y con el objetivo de que los magos se convencieran de que los humanos eran un verdadero problema les otorgó el arma más poderosa conocida en la tierra: una espada de fuego indestructible capaz de otorgarle al portador poderes sobrenaturales y de convertir otras espadas en versiones casi tan poderosas como ella misma.

El rey usó la espada a su conveniencia sin discriminar entre magos y humanos. A los primeros los asesinaba, a los segundos los esclavizaba.

Varios individuos de las dos razas lo enfrentaron y fueron cruelmente asesinados. Cuando los magos aceptaron que las cosas se salieron de control para todos, tuvieron que liberar a los dragones que se decía eran seres incontrolables y violentos que sólo buscaban matar y comer, pero lo suficientemente poderosos como para vencer a cualquier portador de la espada o de sus clones. Pueblos humanos enteros fueron arrasados por hordas de dragones y gente inocente pereció. Los magos recuperaron su poder al ver vencido al rey humano, pero también sufrieron las consecuencias. Al querer controlar a los dragones, perdieron a varios de los suyos y cuando quisieron recuperar la espada sintieron el más terrible de los miedos por no encontrarla. Los dragones destruyeron espadas de fuego y a sus portadores, pero la original seguía en manos de los humanos. Las dos razas tuvieron que llegar a un acuerdo de paz y juraron nunca usar sus poderes para hacerse daño. El mundo nunca volvió a ser el mismo y los magos optaron por alejarse de los pueblos humanos casi definitivamente. Al humano más confiable le fue otorgada la espada y juró resguardarla y alejarla de malas intenciones. Su nombre era Gonzalo.

Después de varios años, algunos magos y humanos seguían sintiendo rencor entre ellos por lo ocurrido. La historia puede ser a la vez fascinante y traumática. Gonzalo tuvo que cuidar la espada de hechiceros que querían robarla y de humanos que querían mal utilizarla. Un mago muy obstinado lo amenazó con hechizarlo si no se la entregaba. Gonzalo, aun con la advertencia, se negó rotundamente y la maldición cayó sobre él: “cualquier persona que ames y te ame, sufrirá las consecuencias y morirá después de 5 años. Este hechizo es irreversible” dijo aquel mago.

El humano vagó por el mundo después de ver a su familia fallecer y juró jamás amar a nadie de nuevo. Esto se dijo hasta que conoció a una mujer que lo maravilló y de la que se enamoró perdidamente. Ella era una maga que en cubierto utilizaba sus poderes para salvar la vida de los humanos desamparados que se topaban en su camino. Gonzalo se alejó de ella para no lastimarla y provocarle la muerte, pero esto no evitó que ella se enamorara de él. Se dijeron de su amor, se entregaron por completo y un día tuvieron la fortuna de procrear un hijo.

Gonzalo quiso emprender un viaje para rogarle al mago su clemencia y así salvar a su familia, pero al encontrarlo éste le recordó

que el hechizo era irreversible y en vez de ayudarlo, lo retó a un duelo a muerte por la espada. Según el mago, no había nada más importante que la espada para lograr la paz, y en manos de los torpes y ambiciosos humanos eso nunca sería posible. Según él, sus intenciones nunca fueron malvadas. Gonzalo, al ver que las pretensiones del anciano seguían siendo bélicas, tuvo que enfrentarlo por última vez.

Cuando el mago y Gonzalo estaban dispuestos a enfrentarse, el hechicero se dio cuenta, al fin, de que la esposa de aquel humano que maldijo hace tiempo era su hija. Su hija querida, de quien tuvo que alejarse para buscar la espada y asegurar el bienestar de los magos, había sido afectada por la misma magia con la que debía ser protegida. A ella no la pudo salvar de su propio hechizo y falleció, sin embargo, a su nieto, sí pudo protegerlo de la magia negra con ayuda de otros poderosos magos y de reliquias ancestrales. El mago huyó adolorido y lleno de culpa y no se le volvió a ver en mucho tiempo.

Gonzalo crió a su hijo hasta el último de sus días como una persona noble y protectora de los desvalidos. Después de la muerte de Gonzalo, aquel joven que heredó la espada fue bautizado como el Leonés de fuego y juró proteger incansablemente la espada.

El Leonés de fuego nunca supo quién lanzó el hechizo que mató a su madre y fue por ello que su abuelo pudo acercarse a él tratando de enmendar sus errores y culpas del pasado.

Buscando la redención y su propio perdón, el anciano mago le enseñó al Leonés que la violencia sólo puede traer más violencia y que un verdadero héroe es quien usa la inteligencia antes que la espada. Fue así que el pupilo juró que su verdadero heroísmo consistiría en la creación de argumentos para nunca tener que usar un arma. Se hizo de otro consejero además de su abuelo: un anciano humano que al igual que ellos sólo buscaba la paz.

Vivieron algunos años de bienestar, pero todos sabían que sólo dejarían de saber agridulce hasta que los dragones, esclavizados, temidos y excluidos, fueran liberados. El Leonés de fuego se dedicó a reclutar emisarios que llevaran su palabra de no violencia y lo ayudaran a liberar dragones que hayan sido injustamente encarcelados.

-¿Al enterarse de la verdad, perdonará el Leonés de Fuego a su abuelo?, -reflexionó Adriana con la mirada perdida, -Después de todo, el anciano trató de enmendar sus errores y él nunca creyó que su hechizo fuera a afectar a su hija o a su nieto... Creo que aprendió a la mala que imponer la guerra no trae la paz.

Adriana estaba decidida a detener a su Tío como fuera con tal de que la escuchara. Ella tenía una misión que cumplir, una misión que le molestaba, pero que sentía el compromiso de realizar por aquel gran cariño y agradecimiento que le tenía a su abuelo. Antes de que se dispusiera a buscar a Aldo, él ya estaba detrás de su sobrina.

-¿Por qué has venido niña?

Adriana volteó sorprendida.

-He venido porque mi abuelo está muy grave. Prácticamente está desahuciado y quiere hablar contigo.

Aldo volteó su cara hacia el piso. No pudo esconder su dolor y su sorpresa. Hace muchísimo que no lo veía y de hecho, no planeaba hacerlo, pero el pensar que su padre estaba por fallecer era algo que inevitablemente le dolía. También recordó su pasado, sus peleas y el orgullo irracional que se apoderaba de él cada que escuchaba de su padre.

-¿Y cómo me encontraste? -preguntó

-Mi tía Noemí me dijo dónde estabas.

-Esa hermana mía que perdona tan fácil y olvida tan pronto. Ella debería de estar tan alejada como yo después de todo lo que ese desgraciado nos hizo y de todo lo sufrimos por su culpa.

-¿De qué hablas? Ella siempre ha estado con él, apoyándolo, porque lo ama, por respeto a su padre, algo que personas como tú son incapaces de hacer. Si ella tuvo problemas con mi abuelo supo olvidar y eso es admirable. Tú deberías hacer lo mismo y escucharme para que este suplicio termine por fin.

-¿Problemas? ¿Crees que sólo tuvimos problemas? ¡Nos echó a perder la vida, niña! A ella y a mí. Nos hizo mucho daño.

La cara de Adriana delataba sorpresa. Ella no tenía ni idea de a qué se refería Aldo. ¿Su abuelo, capaz de echarle a perder la vida a alguien? Eso sí que le parecía inverosímil. Él, que la cuidó y apoyó en los

momentos más difíciles; su confidente, su compañero de juegos siempre paciente, su inspiración.

-¿No sabes nada sobre lo que la pobre de Noemí sufrió? ¿Nadie te lo ha contado? Bueno, lo haré yo.

-Ella estaba perdidamente enamorada de un hombre que también la adoraba. No creo haber visto a una pareja que se procurara más que ellos. Él la respetaba y amaba. Ella lo abrazaba casi cada minuto. Fidelidad, respeto y amor jamás faltaron entre ellos. Si vivir esas cosas en una relación no significa que dos personas hagan bien en estar juntas, ¿dime entonces cómo debe ser! ¿Qué es amar a alguien? Mi padre, ese soberbio, se opuso al noviazgo porque según él, el amor de Noemí estaba destinado al fracaso desde antes de empezar. ¿Cuáles eran las razones de mi padre? Ninguna, pero decía que aquel hombre nunca podría darle a Noemí la vida que ella merecía económicamente. Lo corrió de la casa, a ella le prohibió verlo, le hizo la vida imposible y a mi hermana sólo le quedó resignarse.

-Mi tía jamás me contó sobre eso y yo con ella hablo de todo. ¿Estarás contando bien la trama? El lobo siempre es el malo si caperucita cuenta la historia.

-Bueno, -dijo Aldo riendo y llevándose las manos a la cara, -pregúntale a Noemí quién salvó su vida del trágico destino que ella imploraba en esos desesperados momentos. Pregúntale quién la salvó del filo de un cuchillo que ella misma quería pasar por su garganta. También sería bueno que supieras qué hizo mi padre cuando supo que ella casi se suicidaba. ¿Te imaginas qué? Ponerle más cerraduras a su puerta para asegurarse de que no fuera un chantaje y se escapara con su novio. Esa es maldad, es falta de cariño, es...

-¡No puede ser cierto! -dijo Adriana enfáticamente, -mi abuelo no es así.

-¡Claro que así es tu abuelo, y peor! No sabes cuánto nos hizo sufrir, cuánto me hizo sufrir por no estar a la altura de sus expectativas, por no ser como él quería que yo fuera. Siempre me hacía ver que no era lo que él esperaba de mí y mucho tiempo intenté ser alguien más, pero eso era peor sufrimiento.

—No entiendo de qué hablas.—Adriana seguía incrédula.—Él siempre estaba preocupado por ti y se lamentaba por no poder verte. Aquellos días de peleas entre ustedes, según me contó mi mamá, mi abuelo lloraba por las noches y dormía de día por no poder lidiar con la realidad, esa realidad en la que tú con soberbia lo alejabas.

—Lo alejaba porque él no podía aceptarme como soy y siempre me quiso cambiar. Si de algo se lamentaba ese viejo egoísta era de no tener el hijo que esperaba: uno varonil, que jugara bien al fútbol, que se casara, que tuviera hijos, que fuera ingeniero, que fuera exitoso a su manera...

Aldo, a punto de llorar, trató de tapar su cara con sus manos. Adriana, aunque tenía una imagen muy diferente de su tío, se sintió conmovida por su sufrimiento.

—Escucha, -le dijo Aldo a Adriana un poco más tranquilo, -hoy es un día lleno de trabajo y todavía tengo que cubrir otra función. Hablamos mañana.

—No, permíteme acompañarte a tu compromiso y en el camino te cuento con más calma la situación. ¡Por favor!

—Está bien, -dijo Aldo, -aunque te advierto que aún no quiero hablar con mi padre.

Adriana todavía tenía la esperanza de convencerlo de hablar con Don Nacho, y ya que ése era su último deseo, no podía dejar que el sueño de aquel anciano quedara en el eterno olvido.

Llegaron al María Grever, teatro promotor de artistas locales, galería y sede de sueños hechos realidad. Ése era el último lugar a donde iría Aldo ese día y la última oportunidad para Adriana de lograr su cometido.

Mientras esperaban a que comenzara la función conversaron sobre sus trabajos. Los dos confesaron que aunque les gustaría mucho ser artistas, nunca se habían atrevido a serlo. Adriana soñaba con ser actriz e inspirar a miles, Aldo anhelaba dirigir una película. Tal vez algún día trabajarían juntos.

Como parte de un festival de arte contemporáneo se presentaba una obra teatral titulada: *Las razones y sinrazones del porqué*.

El escenario estaba dividido en dos. En el lado izquierdo podía apreciarse una recámara muy bien arreglada. El otro lado del escenario estaba oscuro por lo que apenas se notaban siluetas de muebles y algunas

otras cosas. Un hombre con bata de dormir estaba sentado en la cama. Del lado suyo una mujer se desmaquillaba frente al tocador. Un niño muy pequeño entró por una puerta ubicada en el lado izquierdo. Cargaba en su mano un oso de peluche. El hombre miraba fijamente al infante. La mujer observaba la escena de reojo, pasiva, pero no indiferente ante la situación.

-Va a tener que dejar esos peluches muy pronto y empezar a comportarse como un hombrecito, -dijo el hombre en tono de advertencia. -La mujer sólo asintió. El niño era muy pequeño para percatarse de que hablaban de él o como para que le importara. Sus padres no comprendían en ese momento la carga que llevaría el infante al tener que ser la persona que ellos querían que fuera.

-¿Por qué insistes tanto en que sea un *hombrecito* si es apenas un niño? -lo cuestionó la mujer que seguía preparándose para ir a dormir.

-Desde niño uno debe saber cómo comportarse, -respondió él de manera escueta. Después se levantó de la cama, abrió una puerta que estaba ubicada en la parte derecha del cuarto y pasó a través de ella. La luz se apagó e inmediatamente después se encendió otra.

La parte derecha del escenario estaba ahora encendida. Un niño abrió una puerta que está ubicada en el lado izquierdo de lo que parecía un sótano bastante desordenado y corrió por el lugar con una vieja y maltratada muñeca en la mano y en la otra un biberón. En el lugar lo esperaba una niña un poco más grande que él sosteniendo unas muñecas. Jugaron un rato.

Bajando por unas escaleras ingresó al lugar un hombre de unos 35 años, vestido con un traje muy gastado y zapatos apenas lustrados. Parecía que buscaba algo con mucho empeño. Se percató de que estaban ahí y soltó un gesto de molestia. Ellos, que ya habían arrojado lejos las muñecas desde que lo escucharon acercarse, trataban de cubrir su cara con sábanas como si con eso desaparecieran o al menos, pasaran desapercibidos.

-¿Qué hacen aquí? -Gritó el hombre. -Claramente les dije que no bajaran al sótano y menos a jugar con muñecas. Elena, te dije que no volvieras a jugar con tu hermano a eso. Él es un hombre hija. Él debe jugar con cochecitos o al fútbol. No quiero volver a encontrarlos haciendo eso, ¿entendido?

—Sí, papá, —dijo la pequeña niña apenas un poco más grande que su hermano, confundida por no entender las razones que le impedían jugar con él a lo que más les gustaba.

El hombre tomó las muñecas del piso, las guardó en un baúl y cerró con llave. Los niños lo miraban con atención, pero no decían nada. Eran testigos mudos de su castigo. El hombre levantó al pequeño varón y lo recargó en sus piernas. Le dio fuertes nalgadas que provocaron un llanto descontrolado. Después, tomó algo de un estante y subió por las escaleras. El niño, que seguía sollozando, corrió por el cuarto; su hermana quiso detenerlo al verlo tan afectado, pero él se soltó y salió rápidamente por una puerta ubicada en la parte izquierda del sótano. La parte izquierda del escenario se prendió de nuevo.

En la misma recámara bien arreglada, un adolescente daba vueltas buscando desesperadamente algo. Se notaba nervioso llevando en todo momento sus manos a su cara y luego, peinando su cabello.

—Seguramente la encontró. Estoy perdido. No está en ninguna parte de mi recámara y él la ha de haber encontrado y escondido. No me preocupa no volver a ver esa droga, pero el viejo me va a matar cuando llegue.

Después de esforzarse en dejar las cosas exactamente como estaban se sentó en el piso (no en la cama por miedo a dejar marcas que su madre notaría). Se quedó en silencio por unos instantes, pensando y mirando en todas direcciones.

—Si no fuera por él no tendría que drogarme. Ojalá lo entendiera. Siempre con sus malos tratos, su dura educación que no me sirve para nada...y sus prejuicios, ¡esos malditos prejuicios que le vienen de familia y que me condenan a ser infeliz! “Los hombres deben ser así, deben comportarse así” ¿Alguna vez será diferente? No lo creo. Tendría que escaparme yo primero de este infierno en el que me hace vivir. Eso haré, ¡me largaré y viviré como me plazca! Muy pronto lo haré. Estudiaré la carrera que yo quiera, aunque no sea una carrera “de hombres” como él pretende. Seré grande en lo que haga y feliz, sobre todo feliz y si algún día lloro, no me dará vergüenza hacerlo.

De repente, la puerta derecha del cuarto se abrió con mucha fuerza y entró un hombre gritando como loco.

-¿Por qué dios me castigó con un hijo como tú?

Su hijo se echó al piso, temeroso, al ver que su padre levantaba la mano para golpearlo. Y lo hizo, varias veces, hasta que el joven se escapó y corrió por la puerta abierta.

El hombre se quedó en el cuarto, tapando con sus manos su cara.

-¡Tiene que entender! Se repetía una y otra vez. -Es por su bien.

Después de unos segundos de quedarse en la cama reflexionando, salió del cuarto por una puerta ubicada en la parte izquierda del escenario. La luz se apagó y como en la escena anterior, la luz de la parte derecha del escenario se encendió inmediatamente. En cuanto una luz se apagaba, otra se encendía.

En la escena se podía apreciar a un hombre sentado en un viejo sillón, vestido con un pijama muy gastada. Leía un libro, pero constantemente revisaba su reloj.

Después de unos minutos, entró por la puerta izquierda un joven cayéndose de borracho y riéndose. El hombre le preguntó a gritos por qué llegó a esas horas. El joven no supo qué responder y por ello recibió fuertes golpes que le quitaron los efectos del alcohol y que le hicieron perder el equilibrio. Cayó y se pegó fuertemente en la cabeza. Quedó inconsciente y hasta al tercer intento de su padre por despertarlo, decidió llamar a una ambulancia. La luz se apaga. Se prende la del otro cuarto.

Aparecen en escena dos hombres, uno de unos cincuenta años y otro de treinta. Discuten fuertemente. El otro lado del escenario está apagado.

-¡Me largó de aquí!, -gritó el más joven.

-Lárgate entonces, -le respondió el de mayor edad, -pero debes de saber algo, tú ya no eres mi hijo. Si te vas, nunca regreses. Vete y sigue siendo un malagradecido, después de todo lo que te he dado.

-¿Qué me has dado, además de violencia y humillaciones? Entiende que no quiero ser como tú que aceptaste sin renegar las imposiciones de mi abuelo, a quien por cierto tampoco puedo ver. Ahora quieres que yo haga lo mismo. Seré quien yo quiera ser y viviré a mi manera.

Después de escuchar eso el padre se quedó pensativo.

-Escucha, dijo un poco más tranquilo. Todo lo que hice fue para protegerte del mundo. Para evitarte dolores y burlas. No sabes cómo puede

ser la gente que no comprende lo diferente y por ello le teme. Mejor que yo te ayude a enderezarte que soy tu padre. Así como mi padre lo hizo conmigo y hoy, a pesar de lo que digas, le tengo que agradecer.

—¿Enderezarme? ¿En qué sentido papá? Yo sé que sufriste mucho con mi abuelo, que te hacía cosas que no tienen perdón y que por eso rara vez sonríes. Lo que no entiendo es por qué quieres el mismo destino para mí. Tú lo odias, pero sigues sus pasos. ¿Qué hay de bueno en el odio si yo siempre te quise querer? ¿Qué se agradece de la educación violenta si ni siquiera merece llamarse educación?

—Todo lo que hice fue porque que te amo, aunque no lo creas. Los padres tenemos que ser siempre los malos.

—Pues no me ames tanto, -exclamó el hijo.

—Entonces, ¿te irás? Preguntó con desdén el hombre de mayor edad.

—Sí, no tengo de otra, papá. Tu cariño me mata.

En cuanto terminó de decir esa frase, la otra parte del escenario se encendió (sin apagarse la ya encendida) y aparecieron en escena, tanto el hombre con ropa gastada, como su hijo, parados de la misma forma y ubicados en el mismo lugar que los hombres de la parte izquierda del escenario y en la exacta misma posición. La escena completa imitaba un espejo entre ellos.

El hombre mayor que se ubicaba en la parte izquierda del escenario se dio cuenta de la presencia de los otros e hizo una mueca de angustia. En seguida, los dos hombres mayores gritaron al unísono:

—Lárgate y vuelve hasta que seas un hombre de verdad y merezcas ser mi hijo.

Inmediatamente después, la luz de los dos cuartos se apagó y la función terminó.

Aldo y Adriana no comentaron nada sobre la obra que acababan de presenciar. No tenían que hacerlo. De lo que sí hablaron fue de Don Nacho y de lo mucho que deseaba despedirse de su hijo. Quedaron en que le llamarían para avisarle que viajarían a verlo, sin embargo, ya era demasiado tarde.

Cuando Adriana recibió la llamada de Noemí, esperaba que su tía únicamente quisiera saber si se encontraba bien y si Aldo estaba con

ella. Jamás se imaginó que lo que pretendía era avisarle que su abuelo ya había muerto. Adriana y Aldo se abrazaron llorando. Era insoportable pensar que Don Nacho ya no vivía más y que ninguno había podido despedirse de él. Viajaron a Guadalajara y lo velaron con inmensa tristeza. Aldo estuvo muy mal durante varios meses. Dejó de comer bien y de salir con amistades. Varias veces estuvo a punto de perder su trabajo por no poder concentrarse. Tenía pesadillas en las que, a punto de poder despedirse de su padre, por diversos obstáculos no alcanzaba a hacerlo y él se culpaba sin remedio.

Una calurosa noche, acostado en su cama y con la mirada fija en el techo, tuvo una gran epifanía que le regresó las ganas de vivir.

—Por fin soy libre, —se dijo y después de ese agridulce momento pudo sentirse capaz de ser feliz por primera vez en su vida.